

Medios comunitarios: el reto de formar (se) para la inclusión

Raisa Urribarrí

*Formación significa poder contemplar las cosas desde la posición del otro (...) aprender a entender al otro desde sus puntos de vista.
Hans-George Gadamer*

Tradicionalmente opuestos al poder, fuera el expresado por la verticalidad de los medios masivos o por los gobiernos que se sucedieron en la última etapa de la llamada cuarta república, los medios comunitarios venezolanos muestran hoy una nueva faz. A pesar de que la realización de un minucioso análisis de contenido y un amplio monitoreo radioeléctrico sean tareas pendientes, se comienza a observar la emergencia de una tendencia que hace suyo el discurso del sector gubernamental. Sin proponerse ahondar en las razones que originan este giro, este artículo pretende llamar la atención acerca del peligro que supone, en una sociedad altamente polarizada, que los medios se deslicen hacia a uno de los polos en conflicto, pues ello abona al fomento de posiciones excluyentes. Para la superación de este riesgo se sugiere el desarrollo de un esfuerzo formativo desde una perspectiva hermenéutica.

Palabras clave: comunicación comunitaria y ciudadana, democracia, formación, hermenéutica, inclusión.

Comunicación comunitaria, popular, participativa, horizontal, de base, alternativa...o como se le haya calificado desde que comenzó a ocupar lugares en los espacios dedicados al debate y al estudio de los fenómenos comunicacionales, lo cierto es que, al menos en Venezuela, la discusión sobre su definición, características, modalidades y, sobre todo, sus alcances, perspectivas y retos son temas de suma vigencia.

En las últimas décadas del pasado siglo, aludir en el país a algún tipo de experiencia comunicativa de corte popular pasaba por, de antemano, presumirla opuesta al poder establecido, fuera éste el mediático o al de los gobiernos que se sucedieron a lo largo del período democrático, especialmente a partir de los años setenta.

Es con la llegada a la presidencia del hoy reelecto teniente coronel Hugo Chávez Frías, cuando esta última característica comienza a desdibujarse con celeridad y estos medios a multiplicarse de forma inusual, como lo ha advertido el investigador Marcelino Bisbal (2006) quien, al dar cuenta de cómo se ha gestado la construcción del “Estado Comunicador”, anuncia la aparición de una *avanzada alternativa*.

En las décadas del setenta y del ochenta, la mayoría de los medios comunitarios venezolanos dependían del trabajo voluntario, de la cooperación internacional e, incluso, de tímidos avisos que, más que un interés comercial, expresaban solidaridades. Como resaltó Elías Santana en el año 2003 – a propósito de un encuentro de experiencias de comunicación popular en la cual prevalecieron medios pro-oficiales– en esa época, salvo algunos gobiernos regionales o alcaldías, a través de mínimos aportes, no existían instancias del Estado que estimularan medios con perfil comunitario; de allí que advirtiera

que tras la profusión de estos nuevos medios podrían esconderse empresas interesadas en evadir las regulaciones propias del sector privado, o estaciones de radio y TV al servicio de un proyecto partidista.

Las cifras oficiales de la Comisión Nacional de Telecomunicaciones (Conatel), permiten constatar hoy que en apenas cuatro años (mayo 2002-abril 2006) se han habilitado 193 nuevos medios radioeléctricos. De éstos, en los dos últimos años, 108 recibieron cerca de cuatro mil millones de bolívares para la adquisición de equipos, capacitación, adecuación de la infraestructura e, incluso, para la constitución de las fundaciones que los gestionan. (Ver cuadro No. 1).

Cuadro No. 1

Recursos ejecutados entre 108 Fundaciones por el Fondo para el Desarrollo de las Emisoras de Radiodifusión Sonora y Televisión Abierta Comunitaria de Servicio Público sin Fines de Lucro. Período 2004 – 2006.

	Capital de trabajo	Capacitación	Infraestructura	Adquisición de equipos	Constitución de fundación	Otros rubros	Total
	697.963.515,23	591.073.496,00	2.598.190.901,07	64.732.486,00	140.529,15	10.718.686,00	3.962.819.613,45
Comisión del 0,20% cobrado por el BIV							7.925.639,23
Total ejecutado							3.970.745.252,68

Elaboración propia, fuente CONATEL www.conatel.gob.ve

A pesar de que los investigadores tengamos como tarea pendiente un minucioso análisis de contenido y un amplio monitoreo radioeléctrico que nos permita definir con precisión la tendencia de estos medios, su adhesión a la política comunicacional del gobierno es un hecho bastante notorio, como lo destaca el Informe de Seguimiento del Plan

de Acción de Québec (2005), el cual advierte acerca del riesgo que esto significa pues, al paralizarse, contribuyen con la profundización de la intolerancia política.

En una entrevista reciente, Ramón Martínez, representante de *Radio Libre Negro Primero* (101.1 FM) de Caracas, ha afirmado que “miles de comunicadores comunitarios hoy día, muchos nucleados en ANMCLA –la Asociación Nacional de Medios Comunitarios, Libres y Alternativos–, y muchos por fuera, con los más diversos formatos en que se expresan, están transmitiendo mensajes a través de todas las comunidades. Y todo esto fortalece la Revolución Bolivariana”. (1) Para corroborarlo, basta con acceder al portal de ANMCLA –que cuenta con 225 asociados– en el que un afiche alusivo a la “victoria popular” del presidente Hugo Chávez ocupa lugar destacado. (2).



Portal de la Asociación Nacional de Medios Comunitarios, Libres y Alternativos

La falta de un diagnóstico exhaustivo –repetimos– nos impide afirmar que esta directriz sea uniforme. De hecho, gestores de algunos medios de larga tradición, como Radio Fe y Alegría, al intentar distanciarse de esta nueva modalidad (Bisbal los califica de medios para-estatales o para-públicos), hablan de *comunicación de intermediación social* poniendo de manifiesto, para decirlo con una expresión coloquial, que “no son todas las que están”.

Indudablemente, también en este sector es posible distinguir diversas tonalidades y algunas emisoras deben, suponemos que con dificultad, tratar de mantener su autonomía y un tono crítico, sobre todo si dependen, como el caso de las radioeléctricas, de la habilitación de Conatel para operar la frecuencia del espectro y, en casi la totalidad de los casos, también del financiamiento estatal.

Ciertamente podría calificarse como ligera la apreciación que se haga acerca del desempeño de un medio tomando en cuenta sólo la fuente de sus recursos, pero como apunta Alfonso Gumucio (2006), el financiamiento oficial ha sido siempre una limitante para la existencia de medios comunitarios realmente autónomos, pues en ocasiones, cuando el Estado proporciona el apoyo, también condiciona los contenidos y ejerce una censura velada o abierta. (3). Lo ideal, subraya este investigador, es que ellos recojan el palpito de la comunidad, el pulso de la vida cotidiana y no que operen como un púlpito, estableciendo una prédica unilateral.

No está dentro de los propósitos de estas reflexiones intentar responder a qué razones de fondo obedece el giro que se observa en los medios comunitarios venezolanos,

pero sí enfatizar que indagar sobre este hecho y sus implicaciones nos parece de suma importancia, sobre todo porque hoy -al menos entre algunos investigadores y en el seno de algunos movimientos de larga data y tradición en América Latina, como el colombiano- se percibe con claridad una tendencia dirigida a cuestionar su uso instrumental y a proponer nuevas estrategias de comunicación con el fin de crear lazos sociales, en vez de mayor fragmentación. Los medios comunitarios, pensamos, en vez de deslizarse a los extremos deberían aprovechar el espacio vacío, la tierra de nadie no abonada adecuadamente, y constituirse en verdaderos medios de servicio público.

En ese sentido, resultan alentadoras las reflexiones que se asoman en un trabajo que da cuenta de la enorme cantidad y variedad de nuevas experiencias que han surgido en Venezuela, sistematizado por Cristóbal Alva (2004). Aunque de manera tímida, dentro de este sector comienza a aparecer cierto cuestionamiento en relación con la misión de estos medios. Con un titular en forma de interrogación (*Las redes de comunicación popular en Venezuela ¿populares? ¿alternativas? ¿comunitarias?*) en esta especie de “memoria” se señala la necesidad de “profundizar modos de tratamiento de los contenidos que permitan aproximarse más a las ricas valoraciones presentes en las culturas populares, orientación hasta ahora algo relegada por la beligerancia política (neurosis de la coyuntura)”.

Este llamado de atención hace suponer que algunos de sus hacedores empiezan a darse cuenta de que ni desde la forma ni desde el fondo están interpretando a cabalidad los lenguajes, los formatos, el imaginario y la diversidad de los acentos populares. A nuestro juicio, este señalamiento parece destinado a alertar acerca de la necesidad de superar una propuesta de comunicación alternativa que, como enfatiza Cecilia Krohling (2002: 91), “no

supo abrirse (...) y pretendió mantenerse cerrada a los sectores combativos”, y a cuestionar unas prácticas comunicacionales muy poco eficaces, dirigidas a “los convencidos”, que generan medios como los descritos por Mario Kaplún (1985) tan poco atractivos que no se puede obligar a nadie a atender.

Pero a propósito de esta necesidad, de la urgencia de superar la beligerancia, de impulsar la inclusión, de retratar al país desde la pluralidad de las voces que lo constituyen, es pertinente recordar que ello no es sólo tarea de los medios comunitarios. En ese sentido, los medios públicos, pero también los privados, están llamados a la apertura si el discurso que se promueve, acerca de la democracia y la libertad informativas, se pretende coherente.

En ese sentido, lucen interesantes ciertas iniciativas como la del diario El Nacional que, bajo la figura de los consejos editoriales, ha comenzado a incorporar a la discusión sobre el abordaje y tratamiento periodístico de las fuentes tradicionales a protagonistas de cada sector, intelectuales, académicos y especialistas. Hasta ahora es una práctica incipiente sin mayores definiciones metodológicas acerca de su instrumentación, pero sin duda constituye un avance.

¿Será posible construir juntos?

También en la provincia algunas propuestas similares están teniendo lugar, como la que se desarrolla desde hace un par de años en el Diario de Los Andes, periódico que circula en los estados Trujillo, Táchira y Mérida. Allí, bajo la responsabilidad de la Red de Reporteros Populares (RRP), tiene lugar un proyecto cuyo objetivo central es darle

visibilidad y promover la articulación de actores y grupos que trabajan a favor del desarrollo humano y social, vinculados con todos los espectros políticos que hacen vida en la región, sin exclusiones. Los editores, en alianza con esta red cívica e inspirados en las ideas de “periodismo cívico participativo” expuestas por Shayne Bowman y Chris Willis en su célebre “Nosotros, el medio” (2005), le apuestan con ello a la democracia informativa.

Nacida en el seno de la Escuela de Liderazgo y Valores, una experiencia de innovación educativa con fuerte impronta comunitaria que cobija la universidad privada Valle del Momboy, la RRP, integrada por miembros de asociaciones civiles, juntas comunales y parroquiales, cooperativas, jóvenes, estudiantes de comunicación social y académicos, entre otros, publica semanalmente cuatro páginas dedicadas a informar sobre asuntos de interés local y a promover la organización ciudadana desde una perspectiva plural en la que no está exenta la crítica y la autocrítica.

La RRP, aunque de reciente data, se inserta sin embargo en una larga tradición. De alguna manera parte y toma como referencia el proyecto de comunicación popular *Construyamos Juntos* una propuesta que nace en la Valera de 1986, época en la que una vocería popular empezaba a hacerse sentir con bastante fuerza. La ciudad y el estado Trujillo, en general, era en ese entonces un laboratorio de pujante organización comunitaria necesitada de espacios de interacción, articulación, proyección y reconocimiento social. El periódico decidió no estar de espaldas a esa realidad y se dedicó a atender a estos sectores como un asunto de responsabilidad social empresarial.

Este proyecto, cuyo objetivo inicial fue la publicación quincenal de cuatro páginas dedicadas al mundo de vida comunitario, pronto cobró personalidad propia al dedicarse a reseñar –con el apoyo de grupos y organizaciones populares– las múltiples y variadas vivencias de los sectores que, de manera organizada, estaban trabajando para superarse a sí mismos y conseguir –gracias a su propio esfuerzo– mejores condiciones de vida para ellos mismos y sus comunidades.

Habiendo masticado las teorías de la comunicación alternativa, en boga en las escuelas de comunicación social del país en esa época, a quienes gestionaban *Construyamos Juntos* la idea que los animaba no era sólo “cubrir” la fuente comunitaria, sino propiciar la valoración de la dimensión comunicativa en el trabajo de organización popular, a través de la elaboración de un periódico hecho por las organizaciones y líderes comunitarios.

Se planteó entonces el desarrollo de una dinámica comunicacional donde los receptores fueran los sujetos del proceso. Para eso hizo falta que la comunidad se involucrara con el medio, ya no como espectador, sino como protagonista. Que ésta asumiera este rol pasó por generar los espacios para que la gente escribiera sus historias, hablara de sus problemas, sugiriera soluciones y reflexionara críticamente sobre su quehacer.

En consonancia con las ideas de esa época, el equipo promotor asumió como un reto importante tratar de "descodificar" la realidad buscando entender qué se escondía detrás de lo aparente. No pocas veces este medio se convirtió en la voz crítica de una comunidad cada vez más defraudada pero, al mismo tiempo, esperanzada y comprometida. La

apropiación del medio permitió entre otras cosas la comprensión de sus lógicas de producción y su desmitificación. Se descubrió que “salir en la prensa” era un derecho de todos los sectores sociales. Mujeres y hombres del común vinculados a organizaciones de base lograron "echar sus cuentos", escribir sobre sus luchas y aspiraciones y dar a conocer sus visiones y expectativas.

A lo largo de cinco años de trabajo el proyecto se extendió a otras ciudades de Trujillo, y en Mérida otro periódico, no vinculado con el Diario de Los Andes, también abrió sus puertas a un equipo de comunicación popular. Con el objetivo de capacitar a los grupos para la comunicación alternativa, se creó la Red Nacional de Comunicadores y la Escuela Andina de Comunicadores Populares "Mario Kaplún". En estos estados llegaron a editarse 22 periódicos en una imprenta propia que, incluso, generaba pequeñas ganancias, debido a que se utilizaba también para edición a terceros.

La experiencia germinó rápido y fue fecunda, pero al cabo de siete años, cuando las medidas de ajuste macroeconómico se hicieron sentir con fuerza, al inicio de los años noventa, ésta fue perdiendo vigor hasta desaparecer. Los grupos comunitarios y ONG locales que le daban sustento y proyección, como en otros países de la región, comenzaron a participar en la ejecución de algunos programas sociales convenidos por el Estado con los entes multilaterales, lo cual implicó la realización de exigentes actividades de carácter administrativo por lo cual gran parte del tiempo y las energías de las organizaciones se volcaron hacia este tipo de trabajo, en desmedro de la promoción de programas surgidos de su propio seno. En cierto modo ello es el origen del desdibujamiento de su quehacer y de la pérdida de su significado y proyección en las comunidades.

En la actualidad, de forma independiente y sin ningún tipo de vinculación entre ellos, algunos grupos y personas que participaron en Construyamos Juntos siguen vinculados a iniciativas de comunicación comunitaria. Sólo su inicial coordinadora, quien se desempeñaba como reportera de la fuente comunitaria en el Diario de Los Andes en 1986, participa en la Red de Reporteros Populares que surge hoy -20 años después- en el seno del mismo periódico.

Nos-otros

Durante este lapso, indudablemente muchos cambios han operado a escala mundial y en el propio continente. Sin contar con las transformaciones políticas de fondo ocurridas tras la caída del muro de Berlín y la progresiva desaparición del llamado socialismo real, la explosión tecnológica que ha contribuido con la globalización de los mercados también ha fragmentado los públicos cuyo diario intercambiar simbólico se realiza en medio de un contexto sociocultural cada vez más marcado por lo mediático. Lo que estamos observando, como advierte Clifford Geertz citado por Marcelino Bisbal (1998: 23), "no es otro simple trazado del mapa cultural (...) sino una alteración radical de los principios de la propia cartografía. Algo que está sucediendo al modo en que pensamos sobre el modo en que pensamos".

A nuevos escenarios y nuevas realidades no podemos seguir ofreciendo las mismas respuestas ni interpretaciones. Es necesario, como apuntan Alirio González y Clemencia Rodríguez (2006), dejar de mirar la comunicación como un instrumento y comenzar a

entenderla como la práctica misma de la democracia. Los medios, apunta esta dupla, deben ser valorados como espacios comunicativos donde –desde la interacción– los sujetos se apropian de su futuro mientras cuentan el mundo en sus propios términos.

Hoy, con base en la evaluación de las experiencias pasadas y tomando en cuenta las nuevas configuraciones políticas y socioculturales, entre las que destaca la globalización de las comunicaciones, que ha ampliado los espacios de socialización y favorecido la conexión e intercambio a escala internacional, las iniciativas comunicativas de corte comunitario deben tomarse cada vez más en serio la tarea de (auto) formación de sus hacedores, esto es, la generación y el desarrollo de las facultades para leer en un sentido hermenéutico, vale decir, como comprensión e interpretación.

Más allá de las críticas con base en su racionalidad instrumental, si algún beneficio nos ha traído la explosión de las telecomunicaciones es la posibilidad de un rico intercambio simbólico y cultural. Y como acertadamente señala María Elena Ramos (2006: 38) “la cultura es lo contrario del pensamiento homogéneo, de una sola dirección. Nada más pernicioso que encauzar las nociones de cultura, comunidad e identidad en el tubo político de una idea central que se espera que repitan y coreen todos”. Es por ello que, lejos de los enfoques, no sólo positivistas de la educación, sino también de la vieja tradición humanista que la concibe como cultivo de la sensibilidad y del carácter, la formación, categoría central de la hermenéutica filosófica (Gadamer, 1999), llama a un entendimiento de fondo que incluye la apertura hacia los puntos de vista de los otros.

Aprender a leer –desde esta perspectiva– es crucial, pues lo que somos se construye en un horizonte histórico, incluyendo las narrativas en las cuales nacemos sin tener

conciencia de ello. Una narrativa histórica no es una relación de eventos, es lo que se construye para explicar, justificar y dar coherencia, a través del tiempo, a ella misma y a su mundo. En la compleja sociedad que vivimos, donde los medios reproducen pero también producen una realidad caótica, fragmentada, múltiple y difusa, la lectura -como comprensión- de acuerdo con Jorge Larrosa (2003), no es una ciencia infusa sino un arte que debemos cultivar.

Los movimientos sociales, la academia y los medios de comunicación, como subraya Omar Rincón (2002:15), tienen la tarea de “socializar formas de comprender para que (...) cada sujeto o colectivo asigne sentido, porque la ausencia de ‘sentido’ para la vida de la gente ha llevado a que los movimientos sociales y los medios de comunicación parezcan ‘no lugares’ (...) donde ni la identidad, ni la relación, ni la historia se dejan captar”

En otro texto más reciente (2006) el autor antes citado destaca además que las formas de comprender, de construir identidad y relación pasan por el contar historias, vale decir, por la narración, una forma expresiva que posibilita la inteligibilidad de lo comunicado y cuya fuerza reside en la fabulación, en el encantamiento, pero también en que traduce la experiencia de la existencia.

Estas concepciones traen de vuelta algunas ideas de Mario Kaplún (1992) quien sostenía dos tesis que sería interesante analizar hoy: que sólo se comunica aquello que se conoce, pues en el mismo proceso de la comunicación se da el conocer; y que si se aspira a

una sociedad no avasallada por la homogeneización, sino edificada sobre el diálogo y la cooperación solidaria, el desarrollo de competencias comunicativas es un factor esencial.

En otro orden de ideas, investigadores como José Ramos (2006) señalan que el objetivo actual de los medios comunitarios debería estar dirigido a ampliar la mirada, a superar miopes dicotomías y a promover la construcción de ciudadanía, entendida ésta como el ejercicio de una política cotidiana que tiene lugar en distintas dimensiones o esferas de la vida social.

Más que comunitarios, debería primar hoy la denominación de **medios ciudadanos**, propuesta por la investigadora y activista social colombiana Clemencia Rodríguez (2001), con la que se enfatiza su capacidad para propiciar el desarrollo de nuevas y activas formas de participación en los asuntos públicos. Y también de incidencia, porque como subrayan Ramírez, Martínez y otros (2005) la comunicación ciudadana salta sobre el muro comunitario y desarrolla una acción política dirigida a promover la interrelación de los grupos sociales para la transformación de las instituciones.

Además, el término **comunidad**, sobre todo si se pronuncia en singular, como advierte el ensayista Richard Sennett (2001) puede ser socialmente engañoso y ocultar, como una máscara construida a partir de un nosotros falsamente homogéneo, el miedo a acoger dentro de sí al distinto, al diferente. Y el pronombre *nos-otros*, como ha argumentado el filósofo y filólogo venezolano José Manuel Briceño Guerrero (1997: 218), “se parte en *nos*, forma latina original, y *otros*, separado por guión, para indicar la presencia en *nos* de una alteridad”.

El reto de la inclusión

Construyamos Juntos y la RRP son dos casos ciertamente atípicos. Ambos proyectos se incuban al interior de un medio privado y ello las hace experiencias extraordinarias en el sentido de lo inusual. Sería interesante revisarlas a fondo y calibrar sus potencialidades a la luz de los esfuerzos que deben hacerse a favor de la democratización de las comunicaciones. En un clima de agobiante polarización política como el que padecemos, la obligación de abrir espacios públicos y privados para que se escuche y armonice la pluralidad de voces que conforma el cuerpo social es tarea de todos. Hoy, más que nunca, es urgente imaginar e intentar abrir vías que nos ayuden a desatar el nudo que atenaza y asfixia la convivencia nacional.

En el seminario *Venezuela, más allá de Políticas y Medios de Comunicación*, auspiciado por la Universidad Católica Andrés Bello y la Unión Católica de Periodistas en enero de este año, Fernando Ruiz, director del Observatorio Periodismo y Democracia en América Latina, afirmó que en un país puede hablarse de democracia informativa, entre otras cosas, cuando el sistema de medios muestra un buen nivel de representatividad popular y la crítica está institucionalizada.

Para llegar a ello, destacó el periodista y académico argentino, es necesario tener como regla dar la voz a todo el mundo, dejar claro cuando ello no sea posible porque alguien no quiera hablar, trabajar más la información que la opinión y tratar la polarización como una epidemia social.

La construcción de un verdadero diálogo interpersonal y social supone la escucha, pero cuando subrayamos la necesidad de *parar las orejas* no nos referimos únicamente a los medios privados, sino también a los públicos, que tienen como obligación ser voceros de la diversidad de posiciones e intereses que se expresan y constituyen la sociedad. Pero, sobre todo, en el marco de estas reflexiones nos referimos los comunitarios los cuales, al constituirse en voceros de uno de los polos en relación antagónica, no sólo desvirtúan su misión tradicional, sino que podrían estarle abonando al fomento de posiciones excluyentes.

Los medios comunitarios deberían representar, en palabras de González y Rodríguez (2006), la *polivocalidad* de una comunidad. A éstos no se les pide ni más ni menos que a los demás, vale decir, contribuir con la construcción de un clima democrático, con la paz y con la defensa de los derechos humanos. Si los medios de comunicación social deben hacer el esfuerzo de alejarse de los extremos del conflicto y garantizar el equilibrio informativo, más aún los medios comunitarios que, como señalan González y Rodríguez (2006) valiéndose de un término acuñado por Nancy Fraser, están en la obligación de hacer visibles los *contra-públicos* es decir, los diversos actores sociales que interactúan, debaten, y discuten con el fin de tomar decisiones.

Fomentar estas transformaciones pasa por el análisis y la reflexión y, si bien es cierto que en el campo de la comunicación popular es raro encontrar intelectuales o pensadores vinculados con el mundo académico, tampoco es menos cierto, como señala Rosa María Alfaro (2001), que quienes se mueven en el mundo de la práctica se niegan con

frecuencia a la posibilidad de este quehacer. El sujeto popular debe ser *desromantizado*; como propone la investigadora peruana, debe ser interpelado desde sus valores y prácticas. En Venezuela, los medios comunitarios tienen por delante este reto y para ello, qué duda cabe, es necesaria la formación en un sentido hermenéutico, es decir, aquella que nos llama a la comprensión del otro y a la inclusión. ¿Cómo hacerlo? He allí una pregunta mayor.

Referencias

Alfaro, Rosa María (2001). “Culturas populares y comunicación participativa: En la ruta de las redefiniciones”.

Disponible en: <http://www.ourmedianet.org/papers/om2001/MariaAlfaro.om2001.pdf>

Alva, Cristóbal (2004). Las redes de comunicación popular en Venezuela ¿populares? ¿alternativas? ¿comunitarias?

Disponible en: http://gerenciasocial.org.ve/bsocial/bs_03/bs_03_pdf_point/jueves/redes_ca.pdf

Bisbal, Marcelino (1998). “Pensar la Educación desde el espacio de la Comunicación”. *Comunicación*. No. 103 (22-27) Caracas: Centro Gumilla.

_____ (2006). “El Estado-Comunicador y su especificidad. Diagnóstico inacabado y estrategias”. *Comunicación*. No. 134 (60-73). Caracas: Centro Gumilla.

Bowman, Shayne y Willis, Chris (2005). *Nosotros, el medio. Cómo las audiencias están modelando el futuro de las noticias y la información*. The Media Center. American Press Institute.

Disponible en: <http://www.hypergene.net/wemedia/espanol.php>

Briceño G., José M. (1997). *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas: Monte Ávila.

CESAP e INVESP (2005). Autor. Seguimiento del plan de acción de Québec .Informe Nacional de Venezuela (2001-2004). Caracas. Mimeo.

Gadamer, Hans-Georg (1999). *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

González, Alirio y Rodríguez, Clemencia (2006). “Alas para tu voz. Ejercicios de ciudadanía desde una emisora comunitaria”. Belén de Los Andaquíes (Colombia): Centro de Competencia en Comunicación para América Latina. Mimeo.

Gumucio, Alfonso (2006). “La televisión comunitaria. Ni pulpo, ni púlpito: pálpito”. *Etcétera* (56-67). México.

Kaplún, Mario (1985). *El comunicador popular*. Quito: CIESPAL.

_____ (1992). *A la educación por la comunicación*. Santiago: UNESCO.

Krohling, Cecilia (2001). “Comunicación comunitaria y educación para la ciudadanía”. Bogotá: Signo y Pensamiento No. 38 (82-93).

Larrosa, Jorge (2003). *Entre lenguas*. Barcelona: Laertes.

Ramírez, Nyria, Martínez, Martha y otros (2005). “Sistematización de experiencias de comunicación ciudadana”. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina. Mimeo.

Ramos, José (2006) “La radio comunitaria en México: lecciones aprendidas y claves para el futuro”. Santiago de los Caballeros (República Dominicana): Coloquio internacional sobre medios comunitarios, participación, sostenibilidad e identidad. Mimeo.

Ramos, María Elena (2006). “Desde la comunicación y la cultura. Nueve señales para pensar hoy la libertad” Comunicación. No. 134 (32-38). Caracas: Centro Gumilla.

Rincón, Omar (2001). “De la desconexión a la conexión. Medios de comunicación y movimientos sociales: propuestas y prácticas de un trabajo conjunto”. Bogotá: Signo y Pensamiento No. 38 (11-23).

_____ (2006) *Narrativas Mediáticas. O cómo se cuenta la sociedad del entretenimiento*. Barcelona: Gedisa.

Rodríguez, Clemencia. (2001) *Fissures in the mediascape. An international study of citizens' media*. Cresskill, New Jersey: Hampton Press, Inc.

Sennett, Richard (2001). *Vida urbana e identidad personal. Los usos del orden*. Barcelona: Ediciones Península.

Notas:

(1) <http://encontrarte.aporrea.org/hablando/56/>

Consultado el 27-01-2007

(2) <http://www.medioscomunitarios.org/pag/index.php>

Consultado el 27-01-2007

(3) El financiamiento y la sostenibilidad en un sentido amplio (económico, institucional, social), así como su impacto en la autonomía de la política comunicacional de los medios comunitarios, son temas claves que han sido explorados con amplitud por Alfonso Gumucio (2003) en el artículo “Arte de Equilibristas: la sostenibilidad de los medios de comunicación comunitarios”. <http://www.comminit.com/la/tendencias/lact/lasld-30.html>

Raisa Urribarrí. Periodista, profesora e investigadora de la Universidad de Los Andes en el área de Comunicación, Educación y Nuevas Tecnologías. Correo electrónico: uraiza@ula.ve

Publicado en: Revista COMUNICACIÓN del centro Gumilla No, 137. 1er trimestre de 2007.